

Pequeña antología de Raquel Aranda García

Eterno juego

Eterno juego

Vida y tiempo

solían jugar a ser uno,

hasta que un día la vida

echó a correr,

huyendo del minuterero.

Cuando lo perdió de vista,

se arrepintió,

porque desde ese día

el tiempo sin la Vida

sigue corriendo;

la Vida, sin el tiempo, no.

(De *A flor de ser*, Editorial ExLibric, 2021)

A flor de ser

Cuánto puede resistir un corazón partido,

si cada latido le destroza un poco el pulso.

Cada vez cae más en arritmia y desuso.

Cada tempo causa mucho menos ruido.

Cuánto puede sobrevivir sin un suspiro,
sin una pausa fugaz o un acelerón lento.
Sin algo capaz de seguirle bien el ritmo,
ni nada que se atreva a alterarlo por dentro.
Dime cuánto, que cuento sus pulsaciones.
Repite cuánto y descuento el marcapasos.

Cuánto puede aprender él de sus errores,
si nunca supo memorizar bien el olvido.
Si bombea a base del recuerdo y lo sentido.
Si entrelaza las heridas con pasiones,
para así cicatrizar sus sufrimientos
y coserse por encima pedacitos de alivio.
Cuánto puede él desaprender sus emociones,
si nunca supo distinguir alma de piel.
Si todo lo que ha vivido, sigue enraizado en él.
Y todo lo que alguna vez le hizo morir,
en cierto modo (u otro sentir),
sigue germinando a flor de ser.

(De *A flor de ser*, Editorial ExLibric, 2021)

Caos por orden

A veces,
uno necesita estallar
para poder tocar la calma.
Hacer trizas su vida,
aliviar todos sus ruidos
y alterar cada silencio,
hasta encontrar
refugio en el cambio.
En eso consiste el caos.
Por eso es el mejor orden.

(De *A flor de ser*, Editorial ExLibric, 2021)

Cenizas

No, donde hubo fuego
nunca quedan brasas,
tan solo cenizas.
Restos igníferos
de todo lo que alguna vez
creíste inconsumible.

(De *A flor de ser*, Editorial ExLibric, 2021)

El viejo guitarrista ciego

A la llama de un invierno,
y al pálpito de faroles,
se iluminan los rincones
de alguna rambla vacía
prisionera de la noche.

Fugitivos del silencio,
y escapándose entre el viento,
resuenan los cuatro acordes
de una guitarra que llora
lágrimas de colores.

Pues, bajo el cielo mendigo,
una vida en blanco y negro
le confiesa amor sincero
a esa vieja compañera
que aún resbala entre sus dedos.

Y, sobre asfalto mojado,
se niega a perder su pasado:
enterrando sus recuerdos
entre las notas tardías
de un triste blues callejero.

A la llama de un invierno,
y a la luz de alba sombría,
aún mata las lunas frías
aquel guitarrista ciego
que se abriga en melodías.

(De Versos de trinchera. Cuatro poemas: el antes, el durante y el después de una guerra, 2022)

1 de abril

Hoy he abierto los ojos buscando la vida,
pero hace tiempo murió, a manos de la injusticia.
Sin embargo, sé que un día existió.
Ese día, cuando te vi por primera vez:
cómo olvidarte, si nací sintiendo tu tacto.
Ese día, cuando tú me enseñaste a andar
y, cuando yo, aprendí a no soltar tu mano.
Ese día, cuando tú aún recordabas mi nombre
y, cuando yo, aún seguía siendo tu hermano.

Hace tiempo que esa vida se extinguió:
entre alguna trinchera infinita,
entre algún clamor de la nada,

o en plena siembra agostada,
marchita por tantos llantos
que lagriman esperanzas.

Hace tiempo que la parca nos venció
y hace tiempo que perdimos la batalla.
Porque, aunque sigamos en pie,
bajo suelo yace el ánimo.
Porque, aunque ganásemos todo,
no te engañen, no nos quedaría nada.

Y yo sigo preguntándome el porqué:
por qué el azar me ha dado un arma,
por qué el sino nos separa en barricadas.
Si mi único delito es que mi alma
sea tan roja como mi sangre;
y tu último crimen que tu patria
se imponga en tierra de nadie.
Si mi mayor virtud fue quererte
y, tu mayor pecado, mi muerte.

Hoy voy cerrando los ojos perdiendo la vida,
que no me importa perderla en nombre de mi justicia.
Porque antes prefiero expirar a manos de tu fusil:
porque antes prefiero morir, que desvivir así.
Porque en cada parpadeo aún recuerdo tu sonrisa;

en cada último aliento, exhalo tu bala perdida;
y a cada lágrima ruego, que no sea tuya mi herida.
Porque, hermano, hoy derramo mi sangre
sabiendo que no es solo mía.

(De Versos de trinchera. Cuatro poemas: el antes, el durante y el después de una guerra, 2022)

Cuando el cuerpo sobra

Noches demasiado cortas,
miradas insuficientes.
Dime qué querrías pedir,
y te concedo el deseo,
innatamente eterno,
de que ocurra este momento.
Y te espero, una y mil lunas,
a puertas de cualquier silencio.
Sírreme otra de cal,
sembraré otra vez tu huella
en la arena del recuerdo:
y que, más allá de mi pensar,
sigas sin ser tiempo.

Eso quiero.

Mantenerte intacto de memoria.

En reloj que desentienda
de momentos y preceptos.

Eso quiero.

No mancharte con olvidos.

Que me confieses quién eres,
y a qué pides cuando brindas
o rezas por otro encuentro
al nombre del viento.

Eso quiero.

Desvelarte alma,
desenvolver su piel,
revelar polvo de estrellas,
devolverla al firmamento.
Que tú seas puro espíritu
entre hálitos de fuego;
y, yo, no más que un suspiro
condensado entre tus dedos.

Siendo nada,
sin más, pero
con todo lo que sigue
cuando sobra cuerpo.

(Inédito)

La bailarina de Auschwitz

Cierta vez vi danzando un alma,
tan rota que causaba estruendo.
Invadía cada paso su dolor,
y sembraba ruina con un gesto.
Disfrazando la tragedia de pasión:
heridas camufladas por sonido,
cicatrices a son de Do Menor.

Quién dijo qué cosa era de dos,
si hay quien sabe hacer del baile
una lucha entre alma y corazón.
Quién sentenció si el pasado puede
o no, estar, un instante, presente.
Mirando al desnudo la mente,
fragmentándose cuerpo en muerte.

Si hablase con palabras gritaría
que ya no le quedaba vida,
tan solo existencia ausente.
Pero ella prefería describirla
a base de punteras y empeine,
causando tensión en armonía,
tentando riesgo a su suerte.

Hasta que un azar quiso hacerla melodía,
y el destino la creyó poesía.

La oda comenzó a cobrar sentido
justo llegado el final.

Cerró el mundo en un suspiro:
y la eternidad se hizo ballet
en lo que expira una sonata,
y el gran jeté se volvió vuelo
con sus recuerdos por alas.

Y, ella, se fue siendo recordada
como la bailarina del cielo.

(Inédito)